

comentarios sobre la riqueza petrolera y el tópicus del trópico con su clima, como excusas para una vida cómoda, afirmó que hemos de trabajar con tozudez; y ante las desigualdades existentes en el país, dio a entender la importancia fundamental del trabajo para el mejoramiento socio-económico, como había venido diciendo desde muchos años antes: “el trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. (...) Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad” (ECP, 47)

Con motivo de una pregunta de carácter general, tuvo la oportunidad de expresar su gran cariño a Venezuela y su deseo de verla crecer próspera y unida: “Yo espero de esta nación tan grande (...) que sea cada vez más cristiana. Más cristiana en la cabeza de las gentes, en la fe, en las costumbres, en el modo de vivir, en el modo de obrar, en el modo de quererse unos a otros, en el modo de contribuir a la paz del mundo” (Apuntes de una tertulia, 7-II-1975: AGP, P04, vol. III, p. 57).

El día 15 partió para Guatemala, de donde regresó el día 23. Pernoctó en Altoclaro y emprendió el regreso a Europa al día siguiente. Quedó en el ánimo de todos los que habían podido estar cerca de él la fuerza de haber participado de la grandeza del espíritu de un santo.

4. Continuidad de la labor

El impulso y la huella de san Josemaría continúan en la expansión de la labor apostólica del Opus Dei. Personas de todas las condiciones se han incorporado a la Prelatura en más de diez ciudades del país. El trabajo de formación humana y cristiana se ha visto ampliado mediante la promoción de nuevas iniciativas apostólicas y la continuidad de colegios y centros de irradiación cultural (Institutos Itat y Los Samanes, en Caracas; Pitahaya y Kasa-

nay, en Maracaibo; Llano Ancho y Brisal, en Valencia; Arenales y Rosaleda, en Barquisimeto; Los Nevados y Montañera, en Mérida; Los Bucares y Pirineos, en San Cristóbal); centros de encuentros (Tres Vistas y Portones); la iniciativa asistencial Salud y Familia, etc.

Atendiendo la solicitud que en su momento hiciera el cardenal arzobispo de Caracas, se construyó la iglesia de la Sagrada Familia de Nazaret, atendida por sacerdotes el Opus Dei. Igual que en otros países, algunos profesores emprendieron la creación de la Universidad Monteávila, que inició su andadura en 1998.

En 2002, con ocasión del centenario del nacimiento de san Josemaría, se hizo en Caracas una edición especial conmemorativa de sus obras publicadas. Anteriormente, a partir de 1974, se habían editado en diversas ocasiones varios de sus libros.

Voces relacionadas: Catequesis, labor y viajes de.

Bibliografía: AVP, III, pp. 329-330, 720-728, 745-750; “Con san Josemaría en Altoclaro”, en *San Josemaría Escrivá de Balaguer. Vida. Mensaje. Legado*, DVD de la Fundación Beta Films, 2006; *Diccionario de Historia de Venezuela*, I-IV, Caracas, Fundación Polar, 1997²; Pedro OLIVEROS VILLA, *El derecho de libertad religiosa en Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2000.

Tulio ESPINOSA

VERACIDAD

1. Naturaleza y fundamentos. 2. Veracidad e intransigencia. 3. Dificultades para vivir la veracidad. 4. Actuaciones opuestas a la veracidad.

La veracidad, parte fundamental de la virtud de la justicia, es “la virtud que consiste en mostrarse veraz en los propios actos y en decir verdad en sus palabras,

evitando la duplicidad, la simulación y la hipocresía” (CCE, n. 2468).

1. Naturaleza y fundamentos

La virtud de la veracidad se fundamenta, por una parte, en el amor natural de la persona al conocimiento de la verdad; y, por otra, en su inclinación natural a comunicarla como un bien a quien no la conoce. La manifestación de la verdad conocida, cuando y como es debido, es un bien moral, el objeto de la virtud de la veracidad. Con ese fin, empleamos la palabra, “que es uno de los dones más preciosos que el hombre ha recibido de Dios, regalo bellísimo para manifestar altos pensamientos de amor y de amistad con el Señor y con sus criaturas” (AD, 298).

Cuando la persona conoce la verdad sobre Dios y el bien, entiende que reclama ser vivida, que debe tratar de convertirla en criterio de actuación. Sólo así puede mostrarse veraz en los propios actos y palabras. La exigencia de adecuar la vida a la verdad conocida puede resultar difícil, sobre todo cuando implica una importante rectificación de la conducta. En tal caso, no es raro que la voluntad intente confundir a la razón para que vea lo verdadero como falso. A esta experiencia se refiere brevemente, y con cierta ironía, san Josemaría con las siguientes palabras: “¡Muchas veces la verdad es tan inverosímil!... sobre todo, porque siempre exige coherencia de vida” (S, 568).

La persona que vive de acuerdo con la verdad está en condiciones de responder al deber de difundirla. Se trata de uno de los mayores servicios que el hombre puede prestar a sus semejantes, pues ofrecer la verdad es ofrecer la alegría y la felicidad: “Cuando te lances al apostolado, convéncete de que se trata siempre de hacer feliz, muy feliz, a la gente: la Verdad es inseparable de la auténtica alegría” (S, 185).

El cristiano sabe además que, en último término, la Verdad es una Persona: Cristo

(cfr. Jn 14, 6). Esta realidad está presente, explícita o implícitamente, en las enseñanzas de san Josemaría sobre la veracidad: amar, enseñar y ser fiel a la verdad es amar, dar a conocer y ser fiel a Cristo: “Hacías tu oración delante de un Crucifijo, y tomaste esta decisión: más vale sufrir por la verdad, que la verdad tenga que sufrir por mí” (S, 567). “El mundo vive de la mentira; y hace veinte siglos que vino la Verdad a los hombres. –¡Hay que decir la verdad!, y a eso hemos de ir los hijos de Dios. Cuando los hombres se acostumbren a proclamarla y a oírla, habrá más comprensión en esta tierra nuestra” (F, 130).

2. Veracidad e intransigencia

La verdad conocida exige fidelidad, que es condición imprescindible para el crecimiento moral y espiritual: si el hombre no mantiene las verdades que ha conocido y las hace vida propia es imposible que se perfeccione como persona. La fidelidad a la verdad conocida implica no “transigir con el error”. Quien traiciona la verdad en aras de otros intereses demuestra que, en el fondo, no tiene la verdad, no la vive, no la valora como camino de felicidad y salvación. “La transigencia es señal cierta de no tener la verdad. –Cuando un hombre transige en cosas de ideal, de honra o de Fe, ese hombre es un... hombre sin ideal, sin honra y sin Fe” (C, 394; cfr. C, 395).

San Josemaría llama “santa” a esta intransigencia (cfr. C, 398), para distinguirla de la “intemperancia” (C, 396), de la tozudez cerril (cfr. C, 397; S, 605). Es santa porque se vive por amor a la verdad, a los demás y a Dios, y se ejerce de tal manera que no falta a la caridad (cfr. C, 397). Se trata de la doctrina enseñada por san Pablo: “*Veritatem facientes in caritate*” (Ef 4, 15). “El amor a las almas, por Dios –afirma san Josemaría–, nos hace querer a todos, comprender, disculpar, perdonar... Debemos tener un amor que cubra la multitud de las deficiencias de las miserias humanas. Debemos tener una caridad mara-

villosa, «veritatem facientes in caritate», defendiendo la verdad, sin herir” (F, 559). “Los católicos –al defender y mantener la verdad, sin transigencias– hemos de esforzarnos en crear un clima de caridad, de convivencia, que ahogue todos los odios y rencores” (F, 564). “No se puede ceder en lo que es de fe: pero no olvidés que, para decir la verdad, no hace falta maltratar a nadie” (F, 959).

Puede suceder que, aun habiendo puesto buena voluntad, la exposición de la verdad produzca heridas, y que la persona se sienta tentada a transigir; pero hacerlo sería caer precisamente en la intolerancia “más necia y perjudicial: la de impedir que la verdad sea proclamada” (S, 600). Ciertamente, en algunos casos, por caridad, se debe guardar silencio, pero jamás “por desidia, por comodidad o por cobardía” (F, 129).

De otra parte es una experiencia universal que en muchos ámbitos de la realidad pueden presentarse nuevos datos. En tales casos, la misma fidelidad a la verdad lleva a rectificar. “Es virtud mantenerse coherente con las propias resoluciones. Pero, si con el tiempo cambian los datos, es también un deber de coherencia rectificar el planteamiento y la solución del problema” (S, 605).

3. Dificultades para vivir la veracidad

La fidelidad a la verdad puede encontrar obstáculos de diverso género: los intereses económicos, el deseo de éxito profesional y de poder, el temor a las consecuencias de pensar y actuar contra la mentalidad dominante, etc. En este sentido, la virtud de la fidelidad necesita ser apoyada por la fortaleza. En algunos casos excepcionales, hasta llegar a afrontar el martirio como testimonio culminante de la verdad: “No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte” (C, 34). Pero la mayor parte de las veces, se tratará de vivir coherentemente en las circunstancias normales de la vida, soportan-

do posibles críticas, habladurías o pérdida de amistades. Es entonces el momento de ser fiel sin justificarse con el “expediente mezquino” de afirmar “que nadie vive y dice la verdad, que todos recurren a la simulación y a la mentira” (AD, 82).

Los errores en la conducta, comprensibles por la debilidad humana, no pueden llevar a traicionar la verdad para justificarlos. Es una tentación contra la que san Josemaría previene: “Hay quienes yerran por flaqueza –por la fragilidad del barro con que estamos hechos–, pero se mantienen íntegros en la doctrina. Son los mismos que, con la gracia de Dios, demuestran la valentía y la humildad heroicas de confesar su yerro, y de defender –con ahínco– la verdad” (S, 42). No se puede recortar la verdad por una mal entendida ecuanimidad –que consistiría en mezclarla con el error a fin de obtener un producto aceptable para todos–, ni por un falso respeto a los que están en el error. Precisamente la mejor manera de respetar la dignidad de los demás es decirles la verdad.

San Josemaría señala también una dificultad ante la que tienen que estar avisados quienes desean ser fieles a la verdad: la acusación de sectarismo o fanatismo. Es preciso no dejarse engañar por la fuerza de las palabras. No es sectario el que defiende la verdad, especialmente la enseñada por Cristo y por la Iglesia, sino el que se separa de la Verdad y no deja que se acerquen a ella los demás (cfr. S, 47). No es fanático el que quiere conocer, amar y defender la verdad, sino el que en nombre de una falsa libertad impide que otros den testimonio de su fe (cfr. S, 571).

4. Actuaciones opuestas a la veracidad

El don maravilloso de la palabra puede ser rebajado “hasta hacer que se entienda por qué Santiago dice de la lengua que es *un mundo entero de malicia* (St 3, 6). Tantos daños puede producir: mentiras, denigraciones, deshonras, supercherías, insultos, susurraciones tortuosas” (AD, 298).

A la veracidad se oponen, sobre todo, la simulación, la hipocresía, la ironía, los atentados contra la fama del prójimo y la mentira.

San Josemaría previene especialmente contra dos manifestaciones, desgraciadamente bastante extendidas, de la mentira. La primera consiste en no dar importancia a las pequeñas mentiras, a las que a veces se califica incluso de “piadosas”: “No puedo creer en tu veracidad, si no sientes desazón, ¡y desazón molesta!, ante la mentira más pequeña e inocua, que nada tiene de pequeña ni de inocua, porque es ofensa a Dios” (S, 577). La segunda consiste en decir la verdad a medias, por cobardía o falta de sencillez: “De acuerdo, dices la verdad «casi» por entero... Luego no eres veraz” (S, 330). “Dices una verdad a medias, con tantas posibles interpretaciones, que puede calificarse de... mentira” (S, 602).

En muchos lugares de sus escritos, san Josemaría se refiere también a los atentados contra la fama del prójimo –la difamación y la calumnia–, y nos proporciona un criterio tan sencillo como eficaz para evitar esos pecados: “No hagas crítica negativa: cuando no puedas alabar, cállate” (C, 443; cfr. S, 902). Y recuerda que nada justifica el recurrir a la mentira encaminada a dañar al prójimo; obrar así es propio de personas falsas y “de cobardes” (cfr. S, 905).

Por último, cabe señalar una dimensión de la veracidad sobre la que san Josemaría ha insistido frecuentemente en sus enseñanzas: la sencillez. Es el acuerdo entre las íntimas intenciones de la persona y su expresión y realización. San Josemaría la considera como “la sal de la perfección” (C, 305), virtud indispensable para ser niño delante de Dios (cfr. C, 868), que hace al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo (cfr. AD, 90); una virtud que ha de ejercitarse de modo especial en la dirección espiritual para manifestar las propias miserias (cfr. C, 932).

Voces relacionadas: Apostolado; Caridad; Fidelidad; Fortaleza; Justicia; Medios de comunicación social; Sinceridad.

Bibliografía: AD, 82-83; C, 394-398; S, 567-607; Aurelio FERNÁNDEZ, *Diccionario de Teología Moral*, Burgos, Monte Carmelo, 2004, pp. 1404-1410; Jesús GARCÍA LÓPEZ, *La verdad. Tomás de Aquino*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1996.

Tomás TRIGO

VIA CRUCIS (libro)

1. Historia del libro. 2. Contenido. 3. Dinámica interna. 4. Estilo literario. 5. Difusión.

Via Crucis, de san Josemaría Escrivá de Balaguer, fue publicado en Madrid por la Editorial Rialp, en 1981, seis años después de la muerte de su autor, con prólogo de Álvaro del Portillo, su sucesor al frente del Opus Dei.

1. Historia del libro

En una primera versión algo distinta de la definitiva, *Via Crucis* había sido publicado entre 1960 y 1962 en *Obras*, una revista para miembros y cooperadores del Opus Dei que se confecciona en Roma y que llega a todo el mundo (cfr. ILLANES, 2009, pp. 272-273). Sobre aquel primer texto, que san Josemaría pronto descartó difundir por juzgarlo demasiado largo, trabajó con el objeto de pulirlo y acortarlo. Sin embargo, san Josemaría murió en 1975 sin haber llegado a un texto definitivo.

Pasados unos años, Álvaro del Portillo decidió publicar como libro esas consideraciones sobre el *via crucis*, con las modificaciones introducidas por san Josemaría o derivadas de sus indicaciones. Además, a continuación de cada una de las catorce estaciones tradicionales del *via crucis* añadió cinco “puntos de meditación”: textos para la oración personal tomados de la predicación oral de san Josemaría o

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.